

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 16 (1989)
Heft: 4

Artikel: Impresiones sobre un país rico
Autor: Rosa, Gideon / Bahia, Salvador de
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909372>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 10.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>



quedado en Suiza se hubieran visto paralizados en su impulso creador.

Por supuesto, no todos los artistas dejaron Suiza. Pero los suizos emigrados dan más fuerza a una imagen que sintetiza en ella misma todas las otras y toda Suiza: la imagen de un país castrador. Es así como Claude Delarue no dudó en escribir en el

«Journal de Geneve», en 1983, que Suiza le daba miedo, un «miedo metafísico» y que el orden aparente que reina sobre lo quimérico de ese país había engendrado en su subconsciente «un terror sordo, un malestar, una pesadez casi insoportables».

Lionel Richard, París

Impresiones sobre un país rico

Para mí, Zurich es en verdad la ciudad más hermosa de Europa. Me gustan esas parejas jóvenes bien vestidas —que uno se encuentra cuando hace buen tiempo en el paseo al borde del lago— y que deambulan aparentemente sin preocupaciones. Me gusta también el aspecto de la metrópoli económica, mismo si quienes viven allí se quejan del excesivo tráfico en el centro de la ciudad. Finalmente aprecio mucho el poder regresar sin riesgos a las dos de la mañana después de haber pasado la velada en casa de amigos. Quien haya tratado de hacer lo mismo en Río sabe de qué estoy hablando. En comparación con Londres, París o Roma, las ciudades suizas parecen particularmente apacibles y no solamente a causa de su limpieza casi legendaria. Lo que es natural para muchas de las gentes del país —por ejemplo el agua limpia que brota

de las numerosas fuentes— para mí, que vivo en el tercer mundo, es un descubrimiento.

Cuando uno pasea por calles de ciudades suizas, es raro encontrar gentes con expresión dichosa. A menudo, la mayoría de los semblantes traicionan un dejo de tristeza y soledad. En este país opulento no son solamente las personas de edad quienes parecen sufrir de soledad, sino también los jóvenes. Mismo en periódicos conceptuados serios, se encuentran columnas enteras de pequeños anuncios que nos sorprenden a nosotros, los brasileños: anuncios de personas que buscan establecer contactos con la mujer o el hombre de sus vidas. En la mayoría de los quioscos se encuentran revistas eróticas o pornográficas que, cosa sorprendente, no parecen incomodar ni a quienes pasan ni a quienes las hojean.

En Suiza se tiene una predilección manifiesta por los perros y los gatos, si es posible de pura raza.

El lujo con que se rodea a esos animales privilegiados choca profundamente a cualquier persona que venga del tercer mundo. Los supermercados del país rebosan de alimentos para animales. En la televisión se hace publicidad desenfrenada para toda la gama de alimentos destinados a animales domésticos: perros superinteligentes y gatos asépticos indican gallardamente su marca preferida. El escándalo es todavía más grande en las calles y las plazas: llevando un collarito y, en invierno, mismo ropa de abrigo, esos pequeñitos protegidos hacen sus necesidades en las veredas y en los parques.

De tanto en tanto, se hace una breve pausa para recoger los excrementos malolientes de esos animalitos.

Por la mañana, al mediodía y a la noche, una muchedumbre de propietarios de perros, bien equipada, sale de sus casas para seguir los pasos de sus cuadrúpedos. Parecería que los pequeños ni ladran ni muerden.

Los suizos saben idiomas asombrosamente bien. Casi todo el mundo habla inglés, además, no son raras las personas que dominan perfectamente el francés, el italiano y el español. Conviene destacar especialmente los diversos dialectos can-

tonales así como el romanche que lucha por su supervivencia frente al dialecto suizo-alemán.

Mientras que en la Suiza francesa y en la Suiza italiana, la lengua hablada y la lengua escrita son prácticamente idénticas, la Suiza alemana soporta el hecho que su lengua corriente no puede ser ni escrita ni impresa. Los diarios se publican en buen alemán, lo que no quiere decir que los alemanes se entiendan particularmente bien con los suizos alemanes y viceversa.

Cuando es necesario, los suizos alemanes se esfuerzan para hablar el buen alemán con sus vecinos germanos, sin dejar a veces vislumbrar cierto desdén por ese idioma. En efecto, mientras que el suizo alemán comprende sin problemas el alemán, éste no sabe que hacer frente a los diversos dialectos helvéticos...

Si bien los alemanes miran aún, tal vez con cierta envidia, la tasa del franco, para nosotros, los brasileños, el poder adquisitivo de la moneda suiza es casi increíble, mismo en su propio país. Poco después de mi llegada a Zurich constaté que los suizos pueden llenar el tanque de su automóvil con el contravalor de tres horas de trabajo como máximo. Al advertir esto, un brasileño fanático del automóvil no sale de su asombro.

En efecto, para darse el lujo de llenar el tanque, debe pagar más de la mitad del salario mínimo fijado por el Estado, que se eleva a alrededor de 65 francos.

Y cuando uno piensa que en el Brasil una persona de clase media gana (si tiene mucha suerte) dos o tres veces el salario mínimo se deduce evidentemente que los suizos se encuentran en mucho mejor situación. Además, los brasileños deben acomodarse a una tasa de inflación exorbitante. En el curso de los seis meses que viví en Suiza un solo producto alimenticio, la leche, se encareció, y ello en total de cinco centavos de franco por litro: «Es un escándalo», decían los habitantes de Suiza. Si vivieran en Brasil sabrían que el litro de leche pagado hoy un franco con setenta y cinco centavos costaría ya a fin de mes dos francos.

Da la impresión que el dinero es tan abundante en Suiza como la arena en la playa. Nadie sabe exactamente cuanto hay. Es verdad que los suizos tienen dinero, pero no lo muestran. La mayoría de la gente cree inocentemente —y yo diría también que en eso la perspicacia no es superior a la mediana— que la estabilidad y la prosperidad que conoce actualmente Suiza son el fruto del trabajo arduo de la población.

Esta mayoría no piensa ni un solo instante en la profusa afluencia en Suiza de miles de millones de dólares provenientes de otros países, particularmente países del tercer mundo. Aparte de esto, la chispa del antagonismo salta de tanto en



La puntualidad de los trenes suizos: un fenómeno asombroso para muchos extranjeros. (Foto: Keystone)

tanto entre los estudiantes y los jóvenes que protestan contra una política de protección del medio ambiente que juzgan insuficiente o contra una política de asilo demasiado rigurosa que llega tan lejos que personas que vivieron en Suiza durante casi dos decenios son obligadas a volver a su país.

Para manifestar su descontento, algunos jóvenes quemaron recientemente sus pasaportes en público.

Si tal acción puede parecer a primera vista valiente, no tiene en suma más que un carácter simbólico ya que el día que esos manifestantes quieren salir de viaje solicitan simplemente un nuevo pasaporte, sin temor a la más mínima represalia.

Mismo si la inmensa mayoría de los suizos no tiene preocupaciones monetarias y beneficia de un nivel de vida elevado, no parecen particularmente contentos de su suerte. Hay que comprenderlos.

Durante largos meses llueve, el cielo está cubierto, luego viene el invierno con su frío y su nieve. Es en ese momento que los suizos empiezan a soñar con los trópicos.

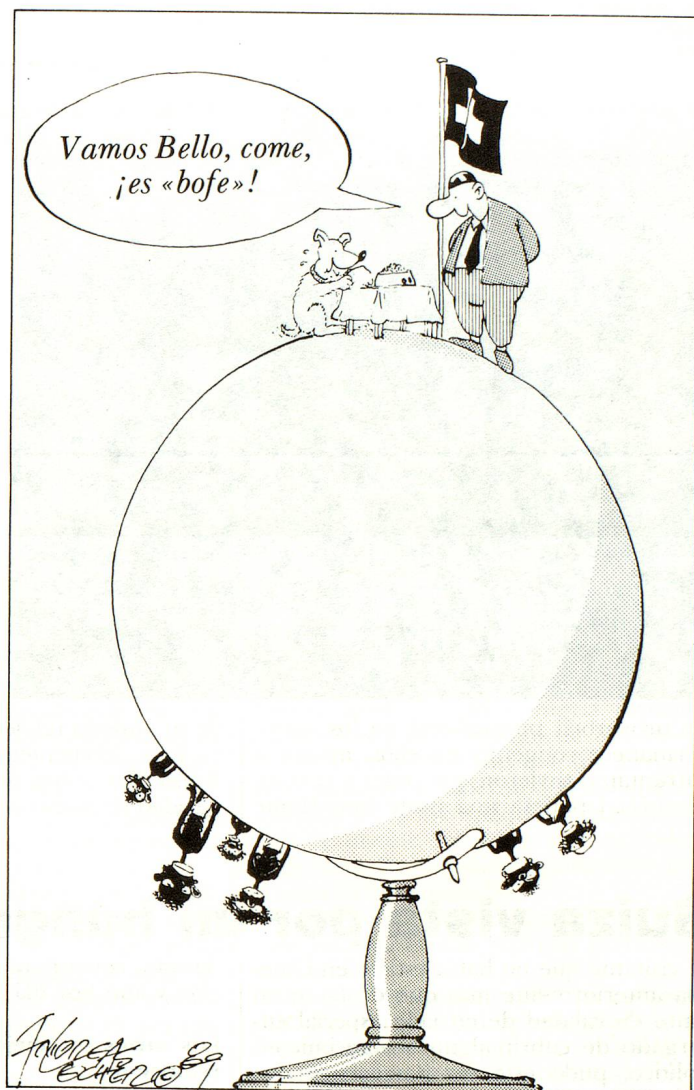
Se ponen melancólicos y se refugian en sus oficinas durante ese período tedioso. Se sumergen en su trabajo con un impulso increíble. Pero, observando más de cerca, se constata que ese impulso no es otra cosa que la expresión de la tensión que ellos mismos eligieron imponerse. En otras palabras: como muchos suizos no tienen problemas esenciales, ellos mismos se crean su propio desafío en el trabajo cotidiano.

Esto es fácil de constatar en los numerosos comercios en los que, aunque a menudo están vacíos, los vendedores adoptan un aire tenso como si el período agotante de las ventas de Navidad hubiera ya empezado.

El que quiere eludir ese clima parte de viaje. En particular los jóvenes aprecian el poder trabajar algunos meses por año y ahorrar para luego tomar nuevamente el avión, preferentemente hacia los países del tercer mundo en los que viven durante algún tiempo como reyes, para volver a Suiza —que es un país seguro y tranquilo— donde se declaran desazonados por la pobreza que encontraron.

La mayoría de ellos no se sienten responsables de la pobreza de esos países exóticos sino que, a su juicio, son más bien los habitantes del tercer mundo quienes, primeramente son demasiado perezosos para trabajar, en segundo lugar tienen demasiados hijos y, sobre todo, prefieren interminables fiestas a una vida con todos sus días bien reglamentados y ordenados...

Quienes crean que esos jóvenes apasionados por los viajes ganan dinero haciendo trabajos humildes se equivocan.



En efecto, los trabajos sucios tales como la recolección de residuos y el fregado de la vajilla se dejan para los extranjeros.

Durante los años de la alta coyuntura, los suizos hicieron venir a su país primero a italianos seguidos de españoles.

Hoy día son los portugueses quienes gozan del favor creciente. «La mano de obra portuguesa vale lo que cuesta», me dijeron, «no protestan nunca». Para nosotros, los brasileños, es simplemente chocante encontrarnos en Suiza frente a nuestros ex tiranos.

¿En qué se han pues convertido los colonizadores de antaño, los dominadores de los mares y del Brasil? Seleccionados en su propio país por representantes de Suiza, se contratan por nueve meses en calidad de obreros temporarios en Suiza (la venganza de los dioses brasileños es cruel).

Ya sea para mantener rutas, pavimentar caminos limpiar mesas en los restaurantes, trabajadores aplicados como son los

portugueses son apreciados por todos. Un detalle satírico de esta forma moderna de esclavitud: los trabajadores extranjeros están siempre bajo el control de un jefe suizo.

Lo que funciona admirablemente bien en Suiza son los transportes públicos. Los trenes suburbanos así como los tranvías circulan con una puntualidad asombrosa. Si la hora de la partida de un tren está fijada para las siete y tres minutos, partirá efectivamente a las siete y tres minutos.

Y que decir de los tranvías que, con cadencia de remeros, transportan todos los días, cada cinco a doce minutos, decenas de miles de pasajeros a través de la ciudad. Y a pesar de eso, ya se elevan voces pidiendo más cantidad de vehículos, que los intervalos entre cada tranvía sean acortados y que haya más asientos.

Cuando por casualidad, un tranvía no llega justo a horario, todos miran sus relojes con gesto nervioso.



Para el brasileño Gideon Rosa, es la ciudad más hermosa de Europa: Zurich. (Foto: Swissair)

La proverbial puntualidad de los suizos permanece congénita en ellos, mismo si entrentanto tuvieron que ceder a la competencia japonesa una parte importante

de su imperio relojero. La prensa helvética hace frecuentemente «el elogio» del Brasil. Sus temas preferidos son la incapacidad de nuestras autoridades adminis-

trativas, la miseria de las favelas y el carnaval.

En la conciencia de mucha gente, el Brasil es un país lejano en el cual innumerables hermosas descendientes y espléndidos descendientes de esclavos africanos no hacen otra cosa que dedicarse a lo largo del día a ritos exóticos de la macumba.

Es por lo menos así que todas las televisiones y radios del mundo describen en sus reportajes ese país tropical que no sería para ellos más que una vulgar república bananera.

Al igual que a menudo se da en Suiza una imagen falsa del Brasil (sexo, sol y playas al borde del mar), muchos brasileños creen que la vida en Suiza no es más que un juego placentero.

Aprovecho para poner en guardia a todos los que se imaginan que ese pedazo de tierra de 42.000 kilómetros cuadrados —que los clichés describen como el país del queso, del chocolate y de los bancos— es simplemente el paraíso. Existe, en efecto, enclavado entre Austria y Suiza, un país todavía mucho más pequeño que se llama el Liechtenstein.

Parece que en ese Principado no se pagan impuestos.

Gideon Rosa, Salvador de Bahía

Suiza vista por un húngaro

El visitante que no había estado en Ginebra anteriormente más que de tanto en tanto en calidad de enviado especial encargado de cubrir algún acontecimiento político, pudo esta vez darse cuenta, a cada paso, que en este país que, mismo comparándolo con Hungría, es pequeño —la superficie de Suiza representa aproximadamente la mitad de la de Hungría— los ciudadanos se sienten cómodos y se comportan como propietarios. Ahora bien, el hecho que el sistema político llamado «socialismo» redujo o mismo destruyó el sentido de la propiedad y que en el curso de estas decenas las fortunas pequeñas o grandes fueron aniquiladas, constituye precisamente una de las mayores preocupaciones de los gobiernos de los países del Este. El visitante que llega de Hungría se pregunta sobre que base se fundan los sentimientos que permiten a los suizos sentirse tan completamente en casa en un país en el cual casi nada se parece y donde hay diferentes lenguas y religiones.

Para una persona originaria de un país del Este, es también una experiencia única ver varios idiomas coexistir pacíficamente, ya que sabe bien que en su propio país la discriminación lingüística y étnica, las formas de opresión moderadas o brutales y el genocidio encubierto o de-

clarado, corresponden a una vieja tradición y aún hoy día existen.

Los suizos son mejores que su reputación

En la óptica de una persona originaria de un país del Este, afirmaciones tales como «El racismo en lo cotidiano», que pueden leerse en los titulares de algunos diarios regionales suizos, parecen muy exageradas.

En Hungría hay actualmente unos 20.000 refugiados de Transilvania, la mayoría húngaros, y a veces uno se pregunta con angustia: ¿que pasaría si una masa importante de refugiados franqueara la frontera? Hay que decir que esta pregunta está relacionada con la crisis económica que atraviesa nuestro país. Al examinar las estadísticas suizas me pregunté, sin embargo, que ocurriría en otros países si un sexto de la población fuera extranjera.

Esta diversidad que se encuentra en Suiza es también notable, tal como la paz que reina entre las diversas regiones del país, pero, sé muy bien que este hecho está ligado a su situación económica.

Suiza es uno de los países más ricos del mundo, con 25.000.- dólares, el producto nacional bruto es más o menos diez veces más elevado que en Hungría.

Al reparar en la tolerancia lingüística y la disponibilidad para recibir extranjeros, no pensaba en las condiciones materiales, me preguntaba ante todo si la realidad no vale más que la opinión que los suizos tienen de ellos mismos y si la idea según la cual «los suizos desconfían de los extranjeros» no es un puro invento.

La democracia directa

La mentalidad que reina en los países del Este está muy lejos del factor principal de la unidad de Suiza, que es la democracia directa, con su sistema genial de autonomía local.

Únicamente por la salvaguardia democrática de los intereses locales en la vida cotidiana es que puede explicarse que los suizos franceses y los suizos italianos no aspiren a aproximarse a Francia y a Italia, al igual que los suizos alemanes tampoco a otros países germánofonos.

No es solamente de ayer que los pensadores políticos húngaros descubrieron lo que hace la fuerza del federalismo suizo. Cuando se disolvió la monarquía austro-húngara, Oskár Jászu, uno de los mejores conocedores del tema de las nacionalidades, retomó el proyecto de una Confederación del Danubio preparado en el siglo XIX por Lajos Kossuth y lanzó la idea —excelente pero jamás llevada a